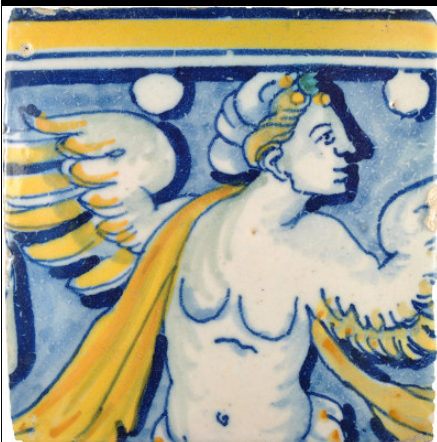


# Noticias del Museo de Cáceres

- «DE BARRO Y ESMALTE. LA COLECCIÓN DE AZULEJOS DEL MUSEO CÁCERES»
- VIRGEN DE LA TERNURA
- TABLA PARA EL CONTROL DEL LAVADO DE ROPA



## De barro y esmalte

La colección de azulejos del Museo de Cáceres

GOBIERNO DE EXTREMADURA  
Consejería de Educación y Cultura

Plaza de las Veletas, 1. 10003 Cáceres

**Horario de apertura:**

Martes a sábados: 9,00 - 15,00 y 17,00 - 20,30 (Sección de Bellas Artes cerrada por las tardes)

Domingos: 10,00 - 15,00 (Sección de Bellas Artes cerrada)

Teléfono: +34 927 01 08 77. Fax: +34 927 01 08 78

<http://museodecaceres.blogspot.com>

e-mail: [museocaceres@gobex.es](mailto:museocaceres@gobex.es)



Vista de la intersección entre la Calle del Sol y la Calle Arceidiano de Plasencia. Hacia 1910-20 (Archivo del Museo de Cáceres)

# De barro y esmalte

La colección de azulejos del Museo de Cáceres

Sólo hasta  
el 31 de  
Agosto

Entre las colecciones más desconocidas del Museo de Cáceres se cuenta un abundante y variado conjunto formado por más de 700 azulejos procedentes de distintos monumentos repartidos principalmente por la provincia de Cáceres, pero también por otros puntos de Extremadura y de España.



Las piezas, realizadas en



cuerda seca, arista y mayólica, proceden de los principales alfares españoles, como Talavera de la Reina (Toledo), Toledo, Sevilla o Manises (Valencia), y se fechan entre los siglos XV y XIX.

En la colección se encuentran azulejos sueltos y también «de labor», formando composiciones de cuatro o más piezas, junto a otros azulejos rectangulares para los límites de las composiciones, llamados *verduguillos*, y piezas más pequeñas denominadas *olambrillas*, que servían para decorar suelos de barro sin vidriar combinando con las losas. Las piezas más grandes son los alizares, con dos caras decoradas que se usaban para alféizares, escalones o bordes de zócalos.

Muchos de los azulejos proceden de excavaciones arqueológicas llevadas a cabo en la provincia, destacando los que aparecieron en las obras de restauración del Monasterio de Yuste o del Convento de San Vicente Ferrer de Plasencia.



El Castillo y el Convento franciscano de Belvís de Monroy o el conventual de San Benito de Alcántara son otros de los lugares en que los azulejos ahora expuestos podían verse desde el siglo XVI. No faltan tampoco piezas históricas de lugares tan alejados como la fortaleza de la Rocha Blanca, en La Coruña, o las ciudades de Córdoba, Salamanca o Toledo.

La muestra se completa con azulejos procedentes de Hinojal y de la propia ciudad de Cáceres. Además, se ofrecen detalladas explicaciones sobre las técnicas y las tipolo-



gías, y se ha dispuesto un área didáctica donde es posible diferenciar técnicas y formatos mediante el tacto de las reproducciones expuestas.

El catálogo de la exposición ha sido editado gracias a la colaboración entre la Consejería de Educación y Cultura y la Asociación «Adaegina» Amigos del Museo de Cáceres.

## Horario de visita de la muestra:

Martes a sábado de 9,00 a 15,00. Domingo de 10,00 a 15,00. Lunes cerrado.

# Virgen de la Ternura o *Heleoúsa* (2011)

Santiago Sánchez Junco (Salorino, 1983)

Mosaico

LA PIEZA  
DEL MES  
JULIO  
Sección de  
Bellas Artes

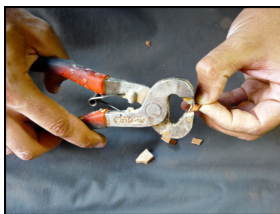


La Virgen de la Ternura (en griego *Heleoúsa* o *Glykophilousa*) es un tipo iconográfico de representación de la Virgen con el Niño en el que María sostiene a su Hijo en sus brazos y sus caras se tocan mientras Jesús extiende su brazo hasta tocar el hombro de su Madre. Es una forma de representar la tierna relación entre Madre e Hijo muy particular del arte bizantino, y que hunde sus raíces en la tradición cristiana de Egipto, el mundo copto; de ahí también la presencia en la parte superior de las conocidas abreviaturas griegas MP-ΘΥ (*Μήτηρ Θεού*), que significan «Madre de Dios».

A la relación de amor entre María y el Niño, a esa condición de Madre de Dios se la designa etimo-

lógicamente como *Theotokos*, y tiene la función de mostrar a los fieles a la Virgen como Madre de todos los cristianos; la Iglesia, como plasmación terrenal del amor materno de la Virgen, se configura así como el ámbito en que se produce la plenitud de la relación entre Dios y su pueblo, a través de la Madre común.

La obra que se expone recoge este modelo tradicional en la iconografía bizantina representado mediante la técnica del mosaico; así, el icono que habitualmente es pintado al temple sobre tabla se trata aquí con una técnica que, si bien es conocida y profusamente utilizada por este arte, suele serlo como revestimiento de muros y plasmando grandes escenas religiosas y civiles. Aquí, el artista ha querido aplicar el mosaico a esta pequeña obra de devoción y de carácter más intimista.



Los materiales utilizados son teselas cortadas de revestimiento cerámico o gresite junto a vidrio de diferentes tipos con pan de oro en su interior y otros elementos secundarios como vidrio Tiffany, DM, etc. En general, el artista ha buscado crear la sensación de tridimensionalidad mediante el juego con las diferentes alturas del material utilizado, lo que rompe el carácter plano que habitualmente caracteriza al icono bizantino. Al mismo tiempo, el minucioso trabajo permite la observación a escasa distancia utilizando las líneas de unión de las distintas piezas para dibujar el contorno de las figuras, incorporando influencias de la técnica de la taracea o el *trencadís* modernista.

Esta Pieza del mes, de 28 x 22 cm., ha sido realizada por el joven artista cacereño Santiago Sánchez Junco, pertenece a una colección particular y ha sido expresamente cedida para su exposición durante el mes de julio.

## Tabla para el control del lavado de ropa Madera y papel adherido

Villanueva de la Serena (Badajoz), primer tercio del siglo XX

LA PIEZA  
DEL MES  
AGOSTO  
Sección de  
Etnografía

La generalización de las lavadoras mecánicas y automáticas en los domicilios, a mediados del siglo XX, trajo consigo la desaparición del oficio de las lavanderas, una de las ocupaciones más duras y molestas que han existido, y que siempre han llevado a cabo las mujeres. Entre las tareas que las mujeres llevaban a cabo en sus hogares, además de la crianza y el cuidado de los hijos y de las personas mayores, la preparación de las comidas, la limpieza y arreglo de la casa y muchas otras, se encontraba el lavado de la ropa, tanto la de vestir como la de la casa. Por supuesto, a estas tareas se unían todas las demás faenas agrícolas y ganaderas que la mujer realizaba fuera del hogar, casi siempre sin remunerar.

Las familias más acomodadas tenían entre su servidumbre mujeres que se dedicaban al lavado de la ropa, pero tanto las clases medias como gran parte de las comunidades religiosas, hospitales y hospicios, contrataban este servicio con alguna de las muchísimas lavanderas que

se dedicaban profesionalmente a este oficio. La ausencia de agua corriente y del espacio necesario en la mayoría de las viviendas obligaba a las mujeres a desplazarse, a veces varios kilómetros, cargando los fardos de la ropa hasta las corrientes de agua o charcas donde estaba permitido el lavado; en la ciudad de Cáceres los lavaderos más populares eran Hinche, la Madrila y Beltrán, en el entorno del regato de Aguas Vivas, así como otros más alejados en las antiguas minas de Valdeflores, y por supuesto las charcas de Malpartida, Casar de Cáceres y Arroyo de la Luz. Cada semana, en invierno y en verano, decenas de lavanderas de estos pueblos iban andando a la capital para recoger casa por casa los hatos de ropa sucia y devolver la ropa lavada de la semana anterior.



**Ropas tendidas a secarse en las traseras de la Casa de las Veletas, tras haber sido lavadas con las aguas del Aljibe (ca. 1910).**

El lavado de la ropa incluía un primer remojado de las prendas golpeándola con una paleta de madera y, después, el procedimiento de la llamada *colada*, consistente en hacer pasar varias veces (*colar*) leña por una cuba, dotada de un desagüe, donde la ropa estaba sumergida en agua hirviendo. Esto solía hacerse mezclando el agua con cenizas, que tienen el principio activo de la sosa y la potasa, capaces de disolver las materias grasas. Tras ello, se remojaba y enjabonaba la ropa y se dejaba al sol sobre la hierba, para que de ese modo se blanqueara, después se aclaraba con agua y finalmente se volvía a tender para su secado. En las casas de los clientes, cada uno de ellos tenía marcada su ropa para evitar confusiones, y era usual que se utilizaran cartones o tablas como la que exponemos para llevar el recuento de las prendas que se llevaba la lavandera, las mismas que debía devolver una semana después; en un mundo en que el analfabetismo femenino estaba tan extendido, el sistema de recuento evitando los guarismos resultaba sumamente útil. La tabla que se expone fue donada al Museo de Cáceres en 2010 por Dña. Milagros Bornay.